dante y vigorosa, que se necesita para resistir á las tentaciones esteriores é interiores: gracia, que segun las santas Escrituras, se concede por el Señor á los humildes, y se niega á los soberbios.

CAPITULO XII.

De su austéra penitencia y mortificacion.

La virtud de la penitencia, es una sincéra detestacion del pecado, y un deseo eficaz de castigarlo, y de reparar la injuria hecha á Dios en la forma que ordena. El orígen de esta virtud, es el amor de Dios, como justo; porque el que ama la justicia, ama lo que ella ordena. Ahora pues: la justicia ordena al hombre que no peque, y le manda tambien despues que ha pecado que castigue y repare su culpa; y esto es lo que se llama *penitencia.* Hay una penitencia general que está impuesta á todos los hombres, y consiste en las enfermedades, en la muerte del cuerpo, en las miserias de esta vida, en vernos apartados de Dios, en la incertidumbre de nuestra eterna suerte, y en una vida ocupada y laboriosa. El pecador está obligado á sufrir estas penas, llevándolas con espíritu de penitencia. Él debe morir como un delincuente, condenado á muerte por la justicia de Dios, y recibirla como la satisfaccion de sus pecados: debe tole-

rar las miserias de esta vida, como una penitencia que Dios le ha impuesto: debe considerarse como desterrado de la vista de Dios en una tierra estraña, en castigo de sus pecados: y, finalmente, debe abrazar en este espíritu de penitencia, un género de vida sériamente ocupada y laboriosa, el cual no tenga por fin la diversion y el deleite; porque la sentencia de Dios: *Comerás el pan con el sudor de tu rostro*, comprende á todos los hombres que han pecado en Adan.

Pero, sin embargo de todo esto, el hombre es naturalmente enemigo de la penitencia y mortificacion, y en esto procede injustamente; no solo contra Dios, sino tambien contra sí mismo; no solamente contra su alma, sino contra su cuerpo. La virtud de la penitencia no tira á destruir el cuerpo, sino á conservarlo; ella no pretende destruir en él, sino lo que le puede causar la muerte eterna; no quiere desterrar de él sino aquellos venenos que lo corrompen, y las llagas que en él se forman para hacerlo morir. De aquí es, que la penitencia no mira sino nuestro verdadero bien, y nada hace sino por un motivo de amor; pero de un amor sábio y arreglado, que sabe escojer los verdaderos medios para procurar el bien de las almas. Proceden, pues, los hombres contra el dictámen de la razon, aborreciendo lo que se llama mortificacion; pues que esta no pretende otra cosa que hacer vivir el cuerpo, y procurarle los bienes que necesita.

002889

Esta virtud de la penitencia que es propia de todo cristiano, como hemos dicho, lo es tambien sin duda de aquellas sagradas vírgenes que se han separado del siglo, y viven retiradas en los claustros. Ellas principalmente deben ejercitarse en la mortificacion esterior é interna, que segun el lenguaje de los Santos Padres, puede justamente llamarse un largo y lento martirio. Las razones que las obligan á esto son, la primera: porque así como ellas gozan la honra de ser Esposas de Jesucristo, á quien han consagrado su virginidad, así tambien están especialmente obligadas á semejarsele y á seguir mas de cerca sus pisadas, é imitar sus ejemplos. La segunda razon es: porque sin la mortificacion, dificilmente podrán conservar intacta la pureza de su estado, resistir á los asaltos con que el demonio se esfuerza á apartarlas de la virtud, y refrenar la carne para que no se levante contra el espíritu, y lo arrastre al abismo del pecado y de la perdicion.

Convencida de esto *Sor María Josefa*, declaró una guerra sangrienta á sus sentidos y á todo su cuerpo, crucificando la carne con sus vicios y concupiscencias. Sin embargo de ser de una compleccion delicada y enfermiza, se disciplinaba muchas veces, hasta derramar sangre. Se horroriza la vista solo de mirar los crueles instrumentos con que castigaba su cuerpo, reduciéndolo á servidumbre. Cilicios, plantillas de hierro, petos sembrados de agudas

puntas, disciplinas de garfios, todo esto ponia en uso para domar su carne, y sujetarla al espíritu. Los viernes, haciendo un doloroso recuerdo de aquellas tres horas en que estuvo pendiente en la cruz el Varon de dolores nuestro amabilísimo Redentor, postrada en tierra estendia ambas manos, cargándolas sobre dos clavos, permaneciendo en esta mortificacion por mucho tiempo. Santamente ingeniosa, buscaba todos los dias diversas maneras de mortificarse. Su ayuno era continuo; sin que jamás se le viese comer otra cosa que lo de comunidad, que servia á todas en el refectorio, y de esto apartaba siempre para los pobres, ó todo ó la mayor parte, como ya dijimos. Aun cuando estaba enferma en la cama, tenia gran cuidado de preguntar, si la comida era la misma de la comunidad.

La enviaban muchas veces frutas, dulces y otros manjares deleitosos al gusto; pero el suyo era repartirlos á la comunidad, sin probar nada. Frecuentemente mortificaba el gusto con acíbar, y otras yerbas amargas. La agua que bebia era siempre tibia, y en tan corta cantidad, que mas que para refrigerio, era á propósito para aumentar su sed. Tenia hecho pacto con sus ojos, obligándose, con permiso de su director, con los vínculos del voto, para no ver el rostro de ninguna persona del siglo, á escepcion de sus hermanos, ú obligada por la obediencia de sus superiores; el cual voto

cumplió con la mas escrupulosa puntualidad; llegando á tal estremo el continuo ejercicio de esta mortificacion, que se le cayeron los párpados, costándole despues gran fatiga para levantarlos. Sus palabras eran tan medidas á lo puramente necesario, que sería mas fácil numerar las que habló, que las que oprimió con su profundo silencio. Para *Sor María Josefa*, no habia nada inmundo ni asqueroso, como lo acreditó en repetidas ocasiones, que la pluma no describe menudamente, por no mover la nausea á los lectores. Acostumbrada desde su tierna edad á beber el chocolate muy caliente, se venció de manera, que lo tomaba ya enteramente frio.

Quien atendia tanto á la mortificacion esterior, ¿cuánto cuidado pondria en la mas necesaria é importante, cual es sin duda la del espíritu? Colocaba su principal atencion en cumplir con las obligaciones de su estado; sin dejarse llevar de la curiosidad de saber novedades del mundo; ni perdiendo el tiempo en inquirir cosas vanas é inútiles. Refrenaba la ligereza de aquella inclinacion que nos solicita á estár continuamente disipados, que nos llena de mil pensamientos frívolos, de proyectos quiméricos, y que nos hace perder todo el fruto de nuestros ejercicios. Evitaba, por último, aquella ostinacion con que los espíritus tercos y porfiados quieren llevar adelante sus pareceres, empeñándose á sostenerlos cueste lo que costáre; ó disputándo de ciertas cosas que

de nada aprovechan, y solo sirven para ofender la caridad, ó escandalizar al prójimo.

Nuestra religiosa por el contrario, anhelaba siempre á gobernarse por el espíritu de Dios, á quien consultaba frecuentemente; y procurando imitar en cuanto alcanzaba, el espíritu de su divino Esposo, era el suyo un espíritu no de contienda y alteracion, sino de mansedumbre y humildad; estándo muy pobre de espíritu propio; pero muy rica del de Dios.

CAPITULO XIII.

De su continua oracion.

La oracion cristiana, comprende todos los buenos pensamientos que una alma puede formar en la presencia de Dios, á fin de escitár buenos movimientos en la voluntad. En este sentido, meditár en presencia Dios sus grandezas, sus obras, sus beneficios; alabarlo, darle gracias, pensar en Jesucristo y en los méritos de su vida y de su muerte; y, finalmente, todas las consideraciones, afectos y resoluciones que uno puede formar, todas estas cosas, digo, son oracion. Pero particularmente llamámos oracion, las peticiones que se hacen á Dios de algun beneficio que esperámos de su liberalidad, perteneciente á nuestra salud eterna, ó á la de nuestros prójimos. La fe que nos hace conocer á Dios, nos enseña tambien, que sin el divino aucsilio y sin la gracia de Jesucristo, no

podriamos observar sus mandamientos, dar el lleno á nuestras obligaciones, resistir las tentaciones, y, por último, emplear la vida santamente, para gozar despues de ella á Dios; todo lo cual debe obligarnos á recurrir á la oracion. Somos muy débiles; y son muy fuertes nuestros enemigos. El mundo lo es siempre nuestro; y, lo que es mas, nosotros somos enemigos de nosotros mismos, y cargámos un cuerpo de muerte, que es un manantial inagotable de tentaciones. Las llagas que recibimos por el pecado, son llagas que perseveran, como dice la Sagrada Escritura, y necesitan de un remedio que no sea de menor estension que el mal; y por eso debémos orar siempre, y justificarnos hasta la muerte.

La oracion no consiste en palabras ni en estár de rodillas muchas horas. „Cuando la Es„critura nos manda, dice San Agustin, que oré„mos incesantemente, no nos obliga á estár „siempre de rodillas, ni á cantar Salmos de „dia y de noche; sino á tener siempre en el „fondo de nuestro corazon el deseo de dejar „la tierra, y de entrar en el reino del cielo. „Orar incesantemente, es desear incesantemen„te el poseer á Dios. Este es un deseo que no „debe jamás apartarse de nuestro corazon. De„bémos siempre gemir, suspirar, y decir siem„pre: Yo soy esclavo, y soy forastero; este „mundo no es mi pátria, yo no estoy con Dios. „No por eso digo, añade San Agustin, que el „justo no se pueda reir alguna vez, ó no se

„divierta un poco, y que no se ocupe en mu„chas cosas que parecen muy diferentes del „reino de Dios. ¡Ah! esta es una de las cade„nas de su dura esclavitud. Es necesario que „él trabaje para los Egipcios, y que se ocupe „en maniobras de lodo y de tierra, mientras „es esclavo de Faraon, y habita en esta tierra „de Egipto; pero en medio de su esclavitud, „no se olvida de la tierra prometida: él piensa „en Sión, suspira por su pátria; y así no cesa „de orar. Dejaria de orar, si dejase de de„sear; pero siendo continuo su deseo, es tam„bien continua su oracion. Orar, es pedir con „gemidos inefables el último efecto de la divi„na adopcion, que, segun San Pablo, es la li„bertad y la *redencion de nuestros cuerpos*. Es „estár con hambre y santamente sediento de los „bienes de la casa del Señor: es considerarse „en el desierto de este mundo como fuera de „su pais; y suspirar con una ardiente sed por „aquella fuente de nuestra eterna felicidad. Orar „es amar: se deja de orar cuando se deja de „amar: es pedir á Dios aquel único bien que „basta á los hijos de Dios: orar es decir deve„ras: todo lo que no es Dios, no es capaz de „llenar la desmedida estension de mis deseos; „y consiento de buena gana que me lo quite „todo, con tal que se me dé así mismo. Con „él estoy plenamente contento; sin él no en„cuentro en mí, ni fuera de mí, sino una hor„rible necesidad, y una inesplicable miseria.» Hasta aquí las palabras de San Agustin.

Pues, si el orar es gemir y desear; y la vida toda de *Sor María Josefa*, como dejámos dicho, hablando de su esperanza, fué vida de gemidos y de deseos; con razon dirémos ahora, que fué tambien una vida de continua oracion. Y en efecto, el estár empleada en los diversos oficios de su ministerio, no le impedia el recurrir continuamente á su divino Libertador y á su celestial Médico, para verse libre de sus miserias y flaquezas. Rogaba como un pobre que espera la limosna á la puerta de aquel grande y rico limosnero, ante quien los reyes de la tierra no son sino otros tantos mendígos. Velaba sobre sí misma, particularmente en aquellos interbálos que mediaban entre sus acciones y sus oraciones; aprovechándose del mas mínimo tiempo para mostrar á Dios su fidelidad en la oracion. Caminaba en la presencia de Dios, procurando recojerse á la vista de las criaturas, las cuales la daban materia de una oracion continua, admirando en ellas, á ejemplo del profeta, la grandeza y magestad del Criador.

El coro era la habitacion que se habia elegido. Allí pasaba todas las oras que la dejaban libre sus ministerios: allí se humillaba delante de la Suprema Magestad, y ponia su boca en el polvo. Aunque su oracion era continua, sin embargo, se habia fijado varias distribuciones, que observó siempre sin faltar dia, para la oracion mental y bocal. A mas de lo que era de comunidad, rezaba diariamente los

quince misterios del santísimo rosario; y empleaba una hora en la oracion mental. Los lúnes hacia el *ejercicio de muerte*, que nos dejó escrito de su puño: los sábados renovaba sus votos y los santos propósitos que tenia hechos, y nos dejó tambien escritos. Cada dia ecsaminaba tres veces su conciencia; distribuyendo el tiempo de manera, que jamás se le vió estár un rato ociosa, y sin emplearse en alguna obra útil para su santificacion, ó para la de sus prójimos; evitándo cuidadosamente en todas sus oraciones las distracciones voluntarias; las cuales incluyen una insolencia y un desprecio de Dios, que bien léjos de atraernos sus gracias, las aparta de nosotros. *Procuraré*, dice en el cuarto de sus propósitos, *andar con mucha compostura, no solo esterior, sino interior, considerando me mira Dios.*

CAPITULO XIV.

De su admirable paciencia.

La paciencia que San Pablo reconoce ser el primer efecto de la caridad, y á quien Santiago llama la consumacion, y la perfeccion de todas las virtudes, consiste en sufrir de buena gana y sin conturbarse, los males de esta vida, para no perder los bienes que esperámos en la otra. El hombre paciente conserva la paz en medio de los mas grandes males, ó bien